

Barbara Biglia

Universidad Rovira i Virgili y Miembro del SIMReF

barbara.biglia@urv.cat

Eduarne Jiménez

Investigadora independiente y Miembro del SIMReF

Desde hace décadas las epistemologías feministas han hecho trizas la mentira positivista según la cual era posible producir conocimientos objetivos, puros y neutrales. Si bien hay investigadores, frecuentemente en lugares de poder, que siguen atrincherándose en estas posiciones anacrónicas e intentan con todos sus (no pocos) medios frenar las proliferaciones de difracciones cognoscitivas, sus intentos no pueden más que fracasar en los espacios no institucionalizados. Sin embargo, los paradigmas feministas y sobre todo el uso que se hace de ellos no están exentos de contradicciones. Es por esto, siguiendo el espíritu indagatorio que ha caracterizado a las epistemólogas pioneras, que tenemos que seguir cuestionando nuestros quehaceres.

En este artículo queremos reflexionar sobre dos puntos neurálgicos:

- Las consecuencias que tiene para la producción de conocimientos feministas el hecho de que conceptos como el de género estén transformándose en *mainstreaming*.
- Las dificultades que encontramos en poner en práctica las enseñanzas teórico-epistemológicas feministas y la falta de sistematizaciones metodológicas, así como de espacios de formación/investigación colectiva que las sustenten, y los desafíos de las investigaciones situadas y sus contradictorias relaciones con el/los/las sujeto(s) productor/es/as de conocimiento.

Los efectos perversos de la perspectiva de género

Siguiendo a Álvaro (2005) podemos situar el inicio de los estudios de género¹ en el Estado español en los años ochenta. Sin embargo, según Teresa Ortiz (2005), su consolidación no empezó hasta la década siguiente. Será pues en el nuevo siglo cuando aumentará la proliferación de publicaciones e investigaciones que utilizan como palabra clave «género». Al mirar superficialmente esta evolución se puede tener la impresión de que la

1. Es importante destacar que se habla aquí de estudio de género como «ámbito disciplinario», esto no implica que antes no hubiesen investigadoras que hicieran su trabajo con/sobre/para las mujeres o incluso desde una perspectiva feminista.

La mayoría de trabajos que usan como palabra clave «género» la confunden con sexo y proponen un análisis diferencial entre varones y hembras

El mensaje político parece bastante claro: «habla de género, del sujeto mujer, pero no cuestiones la ciencia heteropatriarcal»

reivindicación del movimiento feminista, de que la ciencia se abra a otros saberes y sea capaz de introducir la perspectiva de género en sus producciones de conocimientos, ha sido completamente exitosa y que hoy en día las investigaciones feministas han dejado de habitar los márgenes.

Sin embargo, si hacemos un análisis más profundo, este optimismo se difumina. De hecho hemos de reconocer que en los años ochenta, con la consolidación de los estudios de género, empieza también una separación entre el movimiento feminista académico y el no académico (Ortiz, 2005) que hace necesario reflexionar sobre el contenido de los trabajos «de género». Así, por ejemplo, revisando los artículos de las revistas *Papeles del psicólogo* y *Psychology in Spain e Infocop*² (Biglia, 2011) hemos comprobado que la mayoría de trabajos que usan como palabra clave «género» la confunden con sexo y proponen un análisis diferencial entre varones y hembras (Cabruja, 2008). Muchos de los trabajos restantes se focalizan en el tema de la violencia de género y reproducen frecuentemente estereotipos heteropatriarcales (Ferrer y Bosch, 2005). Asumiendo un posicionamiento realista-pesimista y seguramente no políticamente correcto, nos atrevemos a afirmar que, desafortunadamente, la mayor disponibilidad de financiación de la investigación y el interés *político* en el problema de la violencia de género ha contribuido directamente al creciente número de investigaciones y, por ende, de artículos sobre violencias de género realizados por personas insensibles a la temática.

Sin embargo, tal y como afirma Margot Pujal (23 de noviembre de 2010)³, no se trata de un fenómeno reducido a este ámbito sino que «en los últimos tiempos [en nuestro país] se está dando una gran cantidad de estudios de género que no son [...] feministas, debido a la institucionalización del tema, al neoliberalismo imperante en la academia, y a la apropiación de la crítica social como valor de uso y consumo mercantilizado». Dada esta situación, se hace fundamental distinguir entre estudios de/sobre género e investigaciones que parten desde una perspectiva de género (Amigot y Pujal, 2008).

En este sentido, es importante destacar que si bien en la mayoría de convocatorias públicas de investigación se menciona la introducción de una perspectiva de análisis *generizada* como elemento positivo, no se considera el campo de los estudios feministas/con perspectiva de género digno de pertenecer a las diferentes categorías disciplinarias. De la misma manera, tal y como se puede leer en el manifiesto escrito por investigadoras internacionales reunidas en Polonia (European Gender Summit, 2011), hemos de «reconocer que los anteriores Programas Marco de la UE han fallado en el intento de implicar, beneficiar y promover a las mujeres en la misma medida que los hombres [...]. Las sólidas evidencias que muestran cómo las desigualdades de género pueden impactar negativamente en la calidad de la investigación científica deben ser difundidas por los organismos de investigación y universidades a todos los ámbitos de gestión del presupuesto de I+D nacionales».

Esto es aún más importante en el momento en que los trabajos y currículos feministas/con perspectiva de género son evaluados por expertos de otras áreas que no tienen por qué saber/querer distinguir entre estudios sobre género y con perspectiva de género. El mensaje político parece bastante claro: «habla de género, del sujeto mujer, pero no cuestiones la ciencia heteropatriarcal».

2. Búsqueda realizada el 21 de septiembre de 2010.

3. Se incluyen en este apartado extractos de algunas comunicaciones personales con psicólogas y pedagogas feministas realizadas en el marco de la investigación que dio lugar a la publicación Biglia (2011). Volvemos a aprovechar la ocasión para agradecer a todas su interés y sus análisis.

Contra esta tendencia en el European Gender Summit (2011) se ha evidenciado la importancia de «considerar “si, y en qué sentido, el sexo y el género son relevantes en los objetivos y metodología del proyecto” para garantizar la excelencia en la investigación. Los investigadores que financian la investigación, los evaluadores, revisores y editores de las revistas tienen que hacerse esta pregunta clave». Sin embargo, contrariamente a este *desideratum*, en el Estado español parece prevalecer la tendencia a favorecer las investigaciones en las que la palabra género aparece como mero descriptor en lugar de las que la usan como herramienta de análisis. Quizás por esto resulte tan difícil publicar artículos en revistas académicas autóctonas usando explícitamente el término feminista, dado que acaban frecuentemente rechazados como ideológicos. Por ejemplo, en la búsqueda antes mencionada sobre los artículos publicados en tres revistas de psicología hemos encontrado solo uno (Yago y Paterna, 2006) con la palabra clave «feminismo» (Biglia, 2011). En un análisis parecido, León Mejía (2006) destacó que entre las tesis depositadas en TESEO⁴ con las palabras clave «género» o «feminismo» el 63,9% utilizaba el primer concepto y el 36% el segundo.

Para ahondar en el análisis sobre cómo la popularización del género ha contribuido al rechazo del feminismo, podemos ver algunos resultados de una reciente investigación realizada por Cabruja (2008) sobre la inclusión de los estudios de género y/o feministas en la formación en psicología. Tanto el personal académico como las profesionales que han participado en este trabajo dicen mostrarse favorables a la inclusión de temáticas de género y/o relacionadas con las mujeres en psicología. Sin embargo, consideran que tanto el movimiento como las teorías feministas han sido innecesarios, cuando no dañinas, para la disciplina. Afirman que la psicología es neutra respecto al género y consideran que el feminismo llevaría a producir otro régimen de desigualdades mientras que los discursos de género estarían orientados hacia la igualdad. Quizás es por este tipo de visión que, según Arranz (2004), en los círculos académicos las propuestas feministas son mucho menos aceptadas que las que se enmarcan dentro de un paradigma de género o se hacen sobre mujeres. De hecho, el uso de la palabra género es considerado por muchos acorde con la actualidad, mientras que feminismo es calificado de anticuado: «entre las estrategias para desempoderar al feminismo encontramos su *historicización* y *generacionización* que permite considerarlo caducado» (McRobbie, 2009: 16).

Sin embargo, nos parece notable cómo estos discursos sobre la igualdad a la que llevaría el hecho de hablar de género obvian reflexionar sobre los valores (androcéntricos, sexistas, heteronormativos, racistas, entre otros) de acuerdo con los cuales se ha ido construyendo el modelo al que debemos igualarnos, reiterando de nuevo una supuesta neutralidad de las ciencias.

En este panorama no es de extrañar que la frecuente aparición de la palabra género, tanto en el ámbito social como académico y político, induzca a la ilusión de un desplazamiento social y de las disciplinas reales hacia perspectivas menos discriminatorias. Esto, junto con los mensajes intrínsecos a la adopción de lenguajes políticamente correctos, tiene efectos que trascienden el espacio académico y dificulta, especialmente a las y los más jóvenes, detectar los estereotipos de género que reproducen, así como identificar la necesidad de seguir apoyando las agendas feministas (Biglia y Velasco, *forthcoming*).

No es de extrañar que la frecuente aparición de la palabra género, tanto en el ámbito social como académico y político, induzca a la ilusión de un desplazamiento social y de las disciplinas reales hacia perspectivas menos discriminatorias

4. Base de datos de Tesis Doctorales (TESEO) <https://www.educacion.gob.es/teseo/irGestionarConsulta.do;jsessionid=EAB65DE3B3035D2A8FF7EA4B35781A7C>

Hay una tensión importante dentro del feminismo entre la necesidad de reconocimiento de las propias propuestas –teóricas y políticas– y el riesgo de que esto conlleve su subversión y despolitización

Frente a esto hay quienes consideran que es «totalmente necesaria esta nominación [género] para entrar al tema en contextos que no están muy o nada puestos (que son contextos que nos interesan especialmente), porque trabajar el tema del género supone de por sí cierta revolución personal. Si, además, añadimos los prejuicios arraigados en nuestro país en relación con la politización (enfrentada a la ciencia) y la estigmatización social que se asocia a las mujeres que se consideran feministas, [...] la respuesta puede ser de cerrazón y de un añadido de dificultades demasiado fuerte. Cuando ya se ha entrado bastante en el tema se puede introducir directamente la perspectiva feminista, que no es más que hablar de lo mismo. La perspectiva desde la que hablo es pragmático-contextual» (Pujal, 23 de noviembre de 2009).

Otras afirman que «aunque es necesario reivindicar el feminismo como teoría y movimiento social en la lucha por la igualdad y los derechos de las mujeres, el concepto de género como una herramienta o categoría de análisis es todavía válido para explicar y comprender la rearticulación del patriarcado a lo largo de la historia de la humanidad» (García Colmenares, 30 de noviembre de 2009).

Como vemos, hay una tensión importante dentro del feminismo entre la necesidad de reconocimiento de las propias propuestas –teóricas y políticas– y el riesgo de que esto conlleve su subversión y despolitización; tensión que se transforma en un dilema personal para aquellas que, situadas en los márgenes precarios de la investigación, debemos decidir cómo nombrarnos, cómo presentar nuestros trabajos a sabiendas de que, si bien con la supuesta utilización de la perspectiva de género tenemos más facilidades de ser aceptadas, corremos el riesgo de que nuestras palabras sean ser más fácilmente cooptadas o los resultados subvertidos.

En este sentido, aunque estemos de acuerdo con los análisis hechos por Pujal y García, consideramos importante seguir reivindicando en la academia, siempre que sea posible, el uso del término feminista. Feminismo, no como nueva identidad, sino como visión política, como paradigma interpretativo de la realidad. La apuesta por realizar trabajo conjunto a partir de una autoidentificación como feministas, lejos de querer homogeneizar a los sujetos, se conforma como oportunidad para formar «un común que ya no se basa en la identidad o en las esencias, sino en lo construido a partir de situaciones compartidas y de luchas que son capaces de conectar con un sentimiento general más amplio, encontrar en la vida un eco de las vidas de los otros» (Gil, 2011: 266). Somos conscientes de que esta opción es estratégica, pero la consideramos importante por lo menos hasta que el término feminismo sea descalificado. Es por esto que reconocemos que en contextos académicos en los que se ha aceptado (y se ha vuelto casi neutro), tal y como sugirió Mieke Bal, puede ser más efectivo utilizar otras terminologías. Volvemos a puntualizar que esta opción no deja de ser «privilegiada» y que, tanto por el actual contexto de precariedad como por las especificidades geopolíticas de cada una, muchas feministas puedan verse en la coyuntura de no poder usar el término para poder hacer su trabajo.

Sin embargo, creemos todavía importante apostar por ello porque, como bien explica Montse Torné (26 de noviembre de 2009), «hablar y pensar en términos de género no hace más que mantener la generización de la realidad, mientras que el feminismo [...] facilita pensar y actuar».

Dificultades en la puesta en práctica de los aprendizajes de la epistemología feminista

Analizaremos la dificultad en la aplicación de las enseñanzas de la epistemología feminista en las prácticas investigadoras partiendo de las experiencias y vivencias de las personas⁵ que han participado en el SIMReF (Seminario Interdisciplinar de Metodologías de Investigación Feminista⁶) desde 2008, del cual las autoras de este artículo son promotoras y organizadoras junto con Jokin Azpiazu, Jordi Bonet i Martí, Luzma Martínez y Marta Luxán.

El SIMReF es un espacio de formación, intercambio y reflexión sobre metodologías y epistemologías feministas que a lo largo de los años ha producido las siguientes acciones: conferencias metodológicas de reconocidas investigadoras internacionales, talleres de investigación para debatir sobre cuestiones epistemológicas y metodológicas de investigaciones en acto, jornadas intensivas sobre análisis de datos, cursos virtuales de introducción a la metodología feminista, publicación de materiales docentes y, últimamente, investigaciones propias. En ellas han participado aproximadamente unas 300 personas entre investigadoras expertas o en formación y docentes del ámbito local, estatal e internacional, de diversas disciplinas académicas (sociología, pedagogía, ciencias políticas, psicología, biología, demografía, filosofía, derecho, arte, entre otras), así como trabajadoras en el campo de la intervención social y miembros de colectivos feministas. En todas las acciones hemos intentado fomentar procesos conjuntos de autorreflexión y difracción entre organizadoras y participantes (en el rol de docentes o discentes). A partir de ello, hemos sistematizado reflexiones sobre las posibilidades y los límites de la docencia en línea desde una perspectiva feminista (Luxán y Biglia, 2011; Biglia y Jiménez, *forthcoming*). Las experiencias de las participantes nos servirán en este texto para detectar algunos de los problemas y límites con los que se encuentran muchas investigadoras feministas, así como los intentos de abarcarlos que hemos realizado desde el SIMReF.

En primer lugar, hemos detectado una **falta de referentes metodológicos feministas**. Muchas investigadoras experimentan una sensación de «estar perdidas» por la no inclusión de formación metodológica rigurosa en general (por no hablar de metodologías feministas en concreto) en grados y másteres. Además existe poca literatura específica, sobre todo en lengua castellana, tal y como afirma una participante del SIMReF: «Hago la tesis en una disciplina y una escuela (la de arquitectura) que es machista y que además adoctrina a sus estudiantes para que sean estrellas de la arquitectura, individualistas y potenciando el *todo vale*. Que yo sepa no hay ningún manual sobre metodología feminista y urbanismo, hay material sobre planificación urbana (hacer ciudad) y género, pero muy poca cosa explícitamente feminista y casi ninguna sobre pensar las ciudades desde las perspectiva feminista» (anónima).

De alguna manera, prevalece la idea de que los retos abiertos por las epistemologías feministas son más fácilmente abarcables en el plano teórico que en el empírico. Tal vez es por esta razón que recientes investigaciones internacionales (genSET2010; UN, 2010) «sugieren la necesidad del desarrollo de un acuerdo internacional en relación con los métodos para transversalizar el análisis de sexo y género en las investigaciones básicas y aplicadas» (Caprile, Meulders, O'Dorochai, Vallés, 2011: 119).

5. En este apartado iremos citando frases narradas en voz propia por algunas de las participantes en el seminario (con autoría o de manera anónima según sus preferencias), recogidas en estos años o que nos han enviado específicamente para este artículo. Gracias a todas por el permiso de cita concedido.
6. Para conocer mejor el SIMReF y sus acciones se puede consultar la web www.simref.net.

En esta experiencia nos hemos topado con la persistencia de la confusión entre utilizar una metodología feminista, asumir una perspectiva de género e investigar sobre mujeres o temas asociados a lo femenino

Las relaciones intergeneracionales dentro de los espacios feministas académicos no siempre son positivas ni facilitadoras del trabajo conjunto

Estas dificultades en diseñar y realizar la investigación coherentemente con las propuestas epistemológicas feministas por falta de formación se hacen aún más extremas por la necesidad de justificación de la misma a la hora de plantear temas y enfoques que rompen la lógica patriarcal de la ciencia. Tal y como plantea Alejandra Araiza⁷, «muchas de nosotras hemos tenido que hacer distintas maniobras argumentativas para defender la posibilidad de trabajar nuestras tesis desde los planteamientos epistemológicos feministas. Hemos tenido que presentar las críticas que las feministas han hecho –a lo largo de varias páginas– a la ciencia occidental y moderna. Hemos tenido que justificar de todas las maneras posibles la factibilidad de hacer ciencia feminista. Parece ser que ese espacio, el académico, sigue siendo hostil a la presencia del feminismo (teórico o político)». Por otra parte, esto hace evolucionar la investigación dado que, como dice una participante del seminario permanente, «cuando tienes que estar constantemente justificándote acabas desarrollando mejor tus argumentos» (anónima).

Sin embargo, ¿cómo se puede realizar este trabajo sin apenas acompañantes, referentes ni guías? ¿Cómo hacerlo en espacios críticos donde, en oposición a los mandatos positivistas, se aboga por un cierto laxismo metodológico?

En las ponencias organizadas por el SIMReF hemos abordado la falta de referencias abriendo un espacio en que las investigadoras más expertas muestran la cocina de sus investigaciones para dar ejemplos de puesta en práctica de las enseñanzas epistemológicas feministas así como de las contradicciones y dificultades que podemos encontrar en este proceso (Zavos y Biglia, 2009). Al mismo tiempo, el seminario permanente se ha ido conformando como un espacio *peer to peer* de validación de los trabajos de las compañeras, utilizando una tradicional herramienta del feminismo: la construcción colectiva de conocimientos y significados (Puig de la Bellacasa, 2002). Como dijo una participante, «lo bueno aquí es que no hay reglas definidas sino que hemos de construir caminos conjuntamente» (anónima) para desarrollar investigaciones metodológicamente rigurosas coherentes con nuestra perspectiva feminista.

En esta experiencia nos hemos topado, por otra parte, con la persistencia de la **confusión entre utilizar una metodología feminista, asumir una perspectiva de género e investigar sobre mujeres o temas asociados a lo femenino** inclusive en espacios académicos feministas. Si en el primer apartado hemos ahondado sobre algunos de los efectos de la popularización del término «género», aquí no queremos dejar de puntualizar los problemas que esta confusión comporta para las jóvenes investigadoras. De hecho, muchas de las mujeres que se han acercado al SIMReF parten de visiones feministas que hacen perfectamente comprensible y auspicioso la realización de investigaciones feministas sin que estas deban obligatoriamente tener como objeto las mujeres o aspectos feminizados de la vida. Sin embargo, si ya es difícil encontrar directoras de tesis para hacer una investigación de género, encontrar una que esté dispuesta a apoyar una investigación feminista que no sea sobre mujeres se transforma en una tarea titánica.

De hecho, las **relaciones intergeneracionales** dentro de los espacios feministas académicos no siempre son positivas ni facilitadoras del trabajo conjunto. Como dice Teresa Ortiz (2005: 57), «las relacio-

7. Docente de los cursos en línea y participante del seminario permanente.

nes con las profesoras e investigadoras más jóvenes, con experiencias y trayectorias diferentes, también son dilemáticas; y la necesidad y conveniencia de pasar el testigo, implicar a más personas, consolidar nuevos liderazgos y reconocer autoridades entre nosotras produce desajustes y contradicciones. Y, por último, estamos (nos ven, nos vemos) al mismo tiempo en el centro y en la periferia del sistema, y esto también es fuente de tensiones». Así, si bien desde el feminismo se ha insistido en reivindicar lo personal como político, nos parece que se han creado pocos espacios horizontales para compartir las vivencias, frustraciones, experiencias negativas y discriminatorias de quienes se están enfrentando contra los molinos de viento de las instituciones heteropatriarcales. Desafortunadamente muchos grupos académicos feministas se han cerrado en sí mismos y, quizás para defenderse y ser reconocidos, han vuelto a reproducir jerarquías y relaciones de poder muy parecidas a las oficiales; con ello, han dejado poco lugar para la autocrítica, el cambio de paradigma o la validación de las propuestas de las más jóvenes. «Tener una directora de tesis supuestamente enrollada puede ser aún más peligroso. Trabajas con la ilusión de que te comprenden, de compartir marcos teóricos de referencia y de poder osar a poner en duda el sistema académico y, al final, es posible que te encuentres con dos situaciones opuestas pero igualmente asquerosas: la primera es que a la hora de la verdad se haga patente que cuentas solo con tus fuerzas para enfrentarte con el *establishment* académico y que tu directora no quiere arriesgar absolutamente nada por ti ni usar su tiempo para leer tu tesis; la segunda es que esta estupenda preciosidad forme parte de un grupo crítico en el que se admitirán tus críticas solo en la medida en que no cuestionen la forma de crítica del grupo: ¡o criticas como lo hacemos nosotras o estás fuera!» (Pantera Rosa, 2004: 199-200).

Creemos fundamental invertir este proceso y, por esta razón, estamos intentando que el seminario permanente vaya en la dirección de ser completamente autoorganizado y autogestionado y con la clara intención de nutrirnos de la riqueza de los espacios intergeneracionales (Puig de la Bellacasa, 2002) e interdisciplinarios. Tal como dice Araiza, el intento es «crear nuestras propias comunidades, en cuyo interior sí que es factible hallar articulaciones que nos permitan –sin demasiadas justificaciones– simplemente poner nuestras ideas en riesgo, validarlas colectivamente, repensarlas en conjunto, buscar sentidos compartidos, pues, en efecto, el conocimiento es (también para las feministas) una construcción colectiva».

Al hablar de las dificultades de las relaciones intergeneracionales entre «feministas académicas» no podemos dejar de mencionar las dificultades que las más adultas, y laboralmente estables, parecen tener para entender lo que comporta la **extrema precariedad** (Biglia y Bonet, *forthcoming*) para las más jóvenes, y cómo esto afecta a las producciones de conocimiento. Así lo narra una de las participantes en el seminario presencial: «Llevo casi tres años de tesis y aún no he escrito ningún capítulo porque mis ritmos de trabajo son muy cambiantes: precariedad laboral, investigadora en la universidad, cobrando por 20 horas pero trabajando 35 o más, además ni siquiera tiene relación con mi tesis» (anónima). Esta precariedad se dilata en el tiempo más allá de la supuesta época de formación y nos deja con la continua sensación de luchar contra unos molinos de viento, tal y como se puede apreciar en estas palabras publicadas en Facebook por Gemma Ubasart, doctora

europea en Políticas Públicas que, después de dos años como becaria posdoctoral, tiene que volver a buscar trabajo: «en pocos días me he entretenido haciendo el *copy-paste* de mi currículum vitae cuatro veces, evidentemente en formatos diferentes para entidades de gestión universitaria públicas catalanas y del Estado –Aneca, Aqu, convocatoria Beatriu de Pinós y UOC–. Una escandalosa pérdida de productividad, dinero y tiempo. Eso de la modernización de la Administración Pública y la simplificación de los procedimientos, ¿para cuándo?». Tal y como decíamos, desafortunadamente son pocas las feministas académicas con posición estable que reconocen esta precariedad y la tienen en cuenta al establecer ritmos de colaboración, ya que las condiciones han empeorado mucho respecto a cuando ellas eran jóvenes (Puig de la Bellacasa, 2002).

Lo que sí que parece haberse transmitido intergeneracionalmente es **la desconfianza hacia la investigación cuantitativa** que tiene en su base la ilusión de que las metodologías cualitativas son de por sí más críticas y cercanas a la perspectiva feminista. No es difícil, pues, encontrarse con expresiones como «voy a salir directamente del armario y confesar que soy *cuantitofóbica* y *filocualitativa*» (anónima); así como con personas que afirman que no les gustan los números sin tener en cuenta, como afirma la demógrafa y profesora del SIMReF Marta Luxan, «que no es cuestión de gustos, sino de finalidades, de adecuación al problema de estudio planteado [...]. La realidad social es compleja y describirla, analizarla y tratar de modificarla requiere, en mi opinión, la utilización de metodologías diversas, metodologías que, entiendo, son complementarias». De acuerdo con ella, en el SIMReF creemos que existe una imbricación más o menos real entre el poder y el uso los métodos cuantitativos, pero las metodologías cualitativas no son menos susceptibles de ser utilizadas por fines ajenos a las prácticas feministas, como ocurre, por ejemplo, en las investigaciones de mercado. Otro problema radica, como nos recuerda la profesora del SIMReF Amaia Bacigalupe, en que «mientras parece que tenemos un respeto excesivo para enfrentarnos a la explotación de una base de datos o una encuesta que hayamos realizado nosotras, parece que hacer una entrevista o moderar un grupo y, lo que es más, analizarla rigurosamente después, es algo de sentido común y al alcance de todas. Es decir, lo *cuali* en oposición a lo *cuanti* va con una serie de atribuciones directas que las reducen a *complejo vs. sencillo*, *metodología subversiva vs. al servicio del poder*, etc.; ello vuelve a hacernos caer en ese pensamiento dual y simplificador de la realidad que tanto daño ha hecho. Y además descalifica los métodos cualitativos dado que parece que un buen uso de los mismos no requiere de aprendizaje o pericia».

Según nuestro entender, es curioso además notar cómo este rechazo hacia lo cualitativo se justifica con frecuencia con preferencias personales, como si el deseo no fuese una construcción social y el «partir de sí», tan reivindicado por las feministas, puede acabar transformándose en un «quedarse en sí».

Estas cuestiones nos llevan a reflexionar sobre **cómo estamos produciendo investigaciones situadas**. Uno de los primeros límites que hemos podido encontrar en muchas investigaciones, especialmente autóctonas, que supuestamente se basan en la epistemología del conocimiento situado (en la cual también basamos nuestros trabajos),

es el hecho de que parezca que la aplicación de esta perspectiva se resuelva a través de *nominar* los propios posicionamientos, en lugar de analizar cómo estos influyen en nuestras producciones de saberes. Otra tendencia es la que observamos en investigaciones autocentradadas y/o autorreferenciales que, en lugar de producir difracciones de las realidades (Haraway, 2004), tienden a reforzar el individualismo neoliberal confundiendo con la política feminista, tal y como sucede, como acabamos de exponer, con la forma en que se justifica el rechazo a los métodos y técnicas cuantitativas.

Desde nuestro punto de vista, y simplificando mucho, esta situación es el resultado de tres problemas básicos. En primer lugar, la importancia que se atribuye al lenguaje posmoderno en la academia que genera la impresión de que, en lugar de poner en práctica las enseñanzas de los conocimientos situados, es suficiente con narrarlas, eso sí, con terminologías complejas y altisonantes. En segundo lugar, el hecho de que las teorías críticas están relativamente de moda y actualmente es políticamente correcto hacer referencia a algunos aspectos de las teorías feministas, elementos que han conllevado a la producción de muchos trabajos despolitizados dentro de estas áreas. Por último, la falta de reflexiones sistematizadas y corporeizadas sobre cómo asumir estos posicionamientos, tal y como ya hemos comentado.

Para profundizar sobre estas cuestiones no podemos dejar de lado el, ya clásico, debate feminista (y no solo) sobre la **representación y las subjetividades**. Si bien actualmente hay un acuerdo en el feminismo de que no existe un único sujeto mujer y de que las colectividades minorizadas deben ser protagonistas en los procesos de producción de conocimientos, nos encontramos ante una realidad que siempre hace más elitista el hecho de dedicarse a la investigación, no solo de manera profesional sino también dentro del espacio activista. Son numerosos los casos en que, tanto nosotras como otras compañeras, hemos intentado abrir las investigaciones a otras subjetividades, no solo como participantes sino como coinvestigadoras, pero generalmente nos hemos encontrado ante la imposibilidad y, en cierta medida, desinterés en asumir esta tarea de forma realmente colectiva (Pantera Rosa, 2004). Indudablemente, hay trabajos que han realizado procesos más abiertos en este sentido, por ejemplo, con personas jóvenes (estudiantes) o personas institucionalizadas (por ejemplo, Fine y Torre 2006); pero no podemos dejar de preguntarnos: ¿quién hoy en día tiene tiempo de dedicarse a investigar?, ¿los colectivos minorizados consideran realmente útiles las investigaciones?

También los procesos colectivos activistas en los que hemos participado (por ejemplo Investigació y FEMact) han contado con la participación de personas que estaban, de alguna manera, relacionadas con las universidades. Esto implica que, finalmente, las investigadoras no podemos eximirnos de estar representando, de alguna manera, a otras colectividades y subjetividades, y tenemos que reflexionar profundamente sobre las responsabilidades que esto conlleva (Pujal, 2003). Estas responsabilidades son aún mayores en el momento en que los procesos colectivos de producción de conocimiento no son reconocidos como viables en los espacios académicos y no hemos sabido construir mecanismos de validación que trasciendan estos espacios que parecen consagrados con este fin.

Un primer paso necesario es reconocer que, en realidad, cuando producimos conocimientos, siempre estamos representando a otras subjetividades y tenemos asumir las responsabilidades que esto comporta

Estas dificultades se hacen más patentes a la hora de intentar **introducir un análisis interseccional** en nuestros trabajos. Como sostienen Andrijasevic y Bracke (2003), paralelamente al análisis de la división sexual del trabajo en la academia, las feministas también han desarrollado una potente crítica a la producción de conocimientos por lo que se refiere al eje de *raza*. Las *feministas negras* y del *tercer mundo* han denunciado que, mientras que los académicos blancos tienen derecho a elaborar teorías acerca de todos/as los/as demás, los grupos oprimidos tienen que luchar para que sus conocimientos adquieran el reconocimiento teórico. De hecho, las aportaciones de las minorías étnicas tienden a ser consideradas solo como ejemplos prácticos de abstracciones teóricas acríticamente conectados con los espacios de enunciación de los/as blancos/as. En el contexto de las producciones de conocimiento feministas, esto implica también la crítica a la codificación de las investigaciones de las feministas blancas occidentales en términos racializados.

En este sentido hemos de hacer una autocrítica al espacio del SIMReF en el que, si bien solemos tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre los propios procesos de investigación de cómo influyen las experiencias migratorias de las participantes en sus investigaciones, no hemos trabajado a fondo el tema de las pertenencias étnicas ni de las dinámicas racistas y etnocéntricas de la academia en el Estado español e incluso dentro del propio seminario.

Nos preguntamos entonces: ¿cómo podemos comprender realmente la interseccionalidad, más allá de experimentar la nuestra y compartir la de nuestras amigas (que si bien vivimos múltiples discriminaciones seguimos siendo sujetos privilegiados en comparación con amplios sectores de la población mundial), con tan pocas posibilidades de mestizarnos con otros sujetos?, ¿cómo podemos hacer que la interseccionalidad no se quede relegada a los espacios teóricos y analíticos sino, al contrario, se incorpore en todo el proceso de nuestras investigaciones?

Sin pretensiones de ofrecer ninguna respuesta a tan amplio debate, consideramos pertinente apuntar que, quizás, un primer paso necesario es reconocer que, en realidad, cuando producimos conocimientos, siempre estamos representando a otras subjetividades y tenemos asumir las responsabilidades que esto comporta.

Punto y aparte

Para resumir las inquietudes presentadas en este breve escrito, consideramos fundamental mantener un continuo espíritu crítico en el contexto de las dinámicas de creación colectiva de conocimiento feminista. Nuestra apuesta es, en primer lugar, utilizar el concepto *feministas* para definir nuestros trabajos como respuesta a la despolitización a la que podría llevar la utilización más aceptada del término *género*. Por otra parte, creemos fundamental la creación de espacios que impulsen la realización de trabajos metodológicamente feministas, ya que sostenemos que es el proceso de una investigación el que la conforma políticamente y no el género (o aun el sexo) de los sujetos que la realizan ni la feminización de las temáticas. En estos lugares se debería favorecer el *networking* feminista (Biglia y Jiménez, *forthcoming*) así

como la validación *peer to peer* y la puesta en juego de las dinámicas y las relaciones de poder intergeneracional. Sabemos que hay elementos estructurales, como la precariedad, que no pueden ser completamente abarcados aquí, pero que, sin embargo, debemos tener en cuenta en las dinámicas relacionales. Por otra parte, las multiplicidades de nuestras experiencias deben reflejarse en trabajos situados rigurosos que reconozcan la imposibilidad de no representar y sean cuidadosos con los efectos de la interseccionalidad.

Obviamente, el debate está abierto, aunque esperamos haber ofrecido algunos elementos reflexivos para animarlo.

Referencias bibliográficas

Álvaro Page, M. «Los estudios de género y de las mujeres: conceptos, necesidad y vigencia. Su vinculación con el movimiento feminista». En: Maqueira, V. et al. (eds.) *Democracia, feminismo y universidad en el siglo XXI*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2005, p. 209-214.

Amigot, P. y Pujal, M. «¿Estudios de género y/o estudios con una perspectiva de género?». En: Miqueo, C., et al. (eds.) *Estudios iberoamericanos de género en ciencia, tecnología y salud: GENCIBER*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2008, p. 353-360.

Andrijasevic, R. y Bracke, S. «Coming to knowledge, coming to politics». *Multitudes*, n.º 12 (2003).

Arranz Lozano, F. «Las mujeres y la universidad Española: estructuras de dominación y disposiciones feminizadas del profesorado universitario». *Política y Sociedad*, n.º 41 (2004), p. 223-242.

Biglia, B. «Feminisms and Psychology in the Contemporary Spanish State». En: Rutherford, A. et al. (eds.) *Handbook of International Feminisms*. New York: Springer (2011), p. 83-107.

Biglia, B. y Bonet, J. (forthcoming) «Precarity». En: Springer, T. (eds.) *Encyclopedia of Critical Psychology*.

– La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartida [73 párrafos]. *Forum: Qualitative Social Research*, vol.10, n.º 1 (2009) Art. 8. <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs090183>.

Biglia, B. y Jiménez, E. (forthcoming) «Los desafíos de la pedagogía cyberfeminista: un estudio de caso». *Athenea digital*.

Cabruja i Ubach, T. «¿Quién teme a la psicología feminista? Reflexiones sobre las construcciones discursivas de profesores, estudiantes y profesionales de psicología para que cuando el género entre en el aula, el feminismo no salga por la ventana». *Pro-Prosições*, vol. 19, n.º 2 (2009), p. 25-46.

Caprile, M., et al. «Introduction tu the Special Issue. Gender and Science: Old Challanges, new Approaches». *Brusell Economic Review*, vol. 54, n.º 2/3 (2011), p. 108-129.

Ferrer, V. y Bosch, E. «Introduciendo la perspectiva de género en la investigación psicológica sobre violencia de género». *Anales de psicología*, n.º 25 (2005), p. 1-10.

Fine, M. y Torre, M. E. «Intimate Details: Participatory Action Research in Prison». *Action Research*, vol. 4, n.º 3 (2006), p. 253-269.

genSET. *Recommendation for action on the Gender dimension in science*. London: Portia. UN (2010) United Nations Expert Group Meeting on Gender, Science and Technology, París, de 28 de septiembre a 1 de octubre de 2012. http://www.un.org/womenwatch/daw/egm/gst_2010/index.html

Gil, S. *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de sueños, 2011.

Haraway, D. *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_Oncoración@*. Barcelona: Ediciones UOC, 2004.

Harding, S. *Science and Social Inequality. Feminist and postcolonial Issues*. Urbana and Chicago: University of Illinois, 2006.

Harding, S. (coord.) *The feminist standpoint theory reader. Intellectual and Political Controversies*. NY: Routledge, 2004.

León de Mejía, A. «Feminismo disidente: Un acercamiento a las posiciones críticas con el feminismo establecido desde la documentación y el análisis de la producción científica». *IESA Working Paper Series*. (2006) <http://www.iesa.csic.es/archivos/documentos-trabajo/2006/15-06.pdf>

Luxán Serrano, M. y Biglia, B. «Pedagogía cyberfeminista: Entre utopía y realidades». *Revista Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, vol. 12, n.º 2 (2011), p. 149-183 http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/revistatesi/article/view/8277/8281

Mc.Robbie, A. *The aftermath of feminism. Gender cultur and social science*. London, NY: Sage, 2009.

European Gender Summit. *Manifesto for Integrated Action on the Gender Dimension in Research and Innovation* (2011). http://www.gender-summit.eu/index.php?option=com_content&view=article&id=278&Itemid=42

Ortiz, T. «Los estudios de las mujeres en las universidades Españolas a comienzo del siglo XXI». En: Maqueira, et al. (eds.) *Democracia, feminismo y universidad en el siglo XXI*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2005, p. 41-62.

Pantera Rosa. «Moverse en la incertidumbre. Dudas y contradicciones de la investigación activista». En: Malo, M. (coord.) *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004, p. 191-205.

Puig de la Bellacasa, M. «Flexible girls. A position paper on academic generational politics». En: Passerini, L.; Lyon, D. y Borghi, L. *Gender*

studies in Europe/Studi di genere in Europa. Italia: European University Institute, Università di Firenze, ATHENA, 2002, p. 91-110.

Pujal, M. «La tarea crítica: interconexiones entre lenguaje, deseo y subjetividad». *Política y Sociedad*, vol. 40, n.º 1 (2003), p. 120-140.

Yago Alonso, C. y Paterna Bleda, C. «Implicaciones del feminismo para la identidad social de las mujeres». *Infocoponline: Revista de Psicología*, vol. 8 (marzo 2006) http://www.infocop.es/view_article.asp?id=663

Zavos, A. y Biglia, B. «Embodying Feminist Research: Learning from Action Research, Political Practices, Diffractions, and Collective Knowledge». *Qualitative Research in Psychology*, vol. 6, n.º 1 (2009), p. 153-172.

